

Historias y racismo

Teun A. van Dijk

Dennis Mumby (comp.), *Narrativa y control social. Perspectivas críticas*. Buenos Aires: Amarrortu Editores, 1997.

5. Historias y racismo

Teun A. van Dijk

Introducción: racismo y discurso

En este capítulo analizo el rol de la narración de historias en la reproducción del racismo. Este análisis de historias cotidianas sobre minorías étnicas o raciales es parte de un proyecto de investigación de largo plazo sobre la reproducción discursiva del racismo en las sociedades blancas y europeas (o europeizadas). Mi trabajo anterior en este campo examinó conversaciones cotidianas (Van Dijk, 1984, 1987a), libros de texto (Van Dijk, 1987b) y noticias de prensa (Van Dijk, 1991). Mi actual investigación se concentra especialmente en el rol de diversos (otros) tipos de discurso de elite, por ejemplo, en la política, las corporaciones y la academia (Van Dijk, 1993).

El proyecto de investigación es esencialmente multidisciplinario. Relaciona propiedades del texto y del discurso con cogniciones sociales subyacentes de los usuarios del lenguaje, como miembros de un grupo social, y relaciona el discurso y las cogniciones con su contexto, es decir, con sus condiciones y consecuencias sociales, políticas y culturales.

El sistema del racismo

El propósito central de este complejo marco teórico es alcanzar un conocimiento más minucioso del problema esencial del racismo blanco. Sin embargo, antes de iniciar nuestro análisis del rol de las historias en la reproducción del racismo, necesitamos algunos instrumentos (meta)teóricos (véanse los detalles en Barker, 1981; Dovidio y Gaertner, 1986; Essed, 1991; Katz y Taylor, 1988; Miles, 1989; Omi y Winant, 1986; Solomos, 1989; Wellman, 1977). Mi perspectiva con respecto al racismo, en líneas generales, combina

diversos elementos de esta investigación anterior con un estudio analítico del discurso de las cogniciones sociales sobre las minorías étnicas como un elemento importante en los procesos de reproducción.

En esta perspectiva resulta crucial una concepción del racismo entendido como una forma de dominación de grupo. La dominación étnica se entiende como abuso de poder por parte de los grupos blancos (europeos), es decir, como control interesado sobre recursos valorados socialmente y una limitación del acceso a esos recursos (residencia, ciudadanía, vivienda, empleo, salud, educación, respeto, etc.). Esta dominación puede ser definida y descrita en el macronivel de grupos e instituciones, donde contribuye a la desigualdad social, así como en el micronivel de las (inter)acciones cotidianas, donde se manifiesta como “racismo cotidiano” (Essed, 1991). En ambos niveles, estas relaciones de dominación implican también dimensiones socio-cognitivas, es decir, en tanto ideologías étnicas y actitudes compartidas por un grupo en el macronivel, y creencias étnicas específicas de los miembros del grupo social en el micronivel. Sin duda, estos dos niveles (macro y micro) y dimensiones (acción social/estructuras y cogniciones sociales) están inter-relacionados en forma múltiple. De este modo, la narración de historias sobre cuestiones étnicas, en tanto tal, es una forma de interacción (discursiva) que presupone un conocimiento y creencias de los que narran las historias sobre las cuestiones étnicas, pero al mismo tiempo estos narradores implementan, realizan y legitiman o cuestionan el conocimiento, las actitudes y las ideologías del grupo, y de ese modo contribuyen a la reproducción de los prejuicios étnicos que, a su vez, acentúan la discriminación y, por lo tanto, en forma indirecta, la desigualdad étnica.

Estructuras del discurso

En forma similar, los discursos pueden analizarse de acuerdo con este cuadro teórico de dos niveles y dos dimensiones. El análisis del discurso, generalmente, se centra en el micronivel local del texto, la conversación o la interacción comunicativa, e incluye, por un lado, tanto las reales prácticas discursivas de la lengua o la escritura como sus resulta-

dos visibles (“textos”) y, por otro lado, las cogniciones subyacentes de los hablantes y oyentes, entre otras los sentidos o interpretaciones de aquel discurso (véanse los aportes en Van Dijk, 1985b).

Sin embargo, en un nivel de análisis más global, también podemos distinguir “órdenes del discurso” estructurales, es decir, *sistemas* complejos, sociales, políticos y culturales del texto y del habla. Estos sistemas abarcan, por ejemplo, estructuras temáticas o tópicas recurrentes o preferenciales, inventarios léxicos, esquemas de texto convencionales o estrategias estilísticas y retóricas de grupos, de organizaciones o de culturas enteras. Y estos órdenes sociales de prácticas discursivas de nivel más alto se complementan a su vez con un alto nivel de cogniciones sociales socialmente compartidas, como las normas, los valores y las ideologías de estas formaciones sociales. Es también en el sentido de este macronivel como hablamos de “discurso racista”.

Advertimos que los sistemas del discurso y el racismo pueden analizarse según los mismos principios generales. Esto también nos permite estudiar el racismo, efectivamente, a partir del análisis del discurso. De este modo, tanto en el macro como en el micronivel, el discurso racista es, por supuesto, un caso especial del discurso en general. Y viceversa, el racismo que se establece discursivamente es un caso especial de otras formas de racismo.

Historias

Si el racismo es reproducido a través del discurso y la comunicación, podemos suponer que también lo es en el caso de las historias y de las narraciones de historias: en la conversación cotidiana informal, en la narración institucional de historias, en las narrativas de novelas y filmes, así como en las “historias” especiales que comunican los medios masivos bajo la forma de noticiarios.

Para comprender las formas específicas en que las historias contribuyen a la reproducción del racismo, es necesario explicar brevemente qué son las historias. Es decir, por qué y cómo las historias sobre un acontecimiento son diferentes en un informe policial, en un análisis sociológico o hasta en

un noticiario acerca del “mismo” acontecimiento. Y en qué difieren las historias de las argumentaciones, del discurso académico, de los debates parlamentarios, de los libros de texto o de los avisos.

Teoría narrativa

Pasando por alto los detalles de una larga tradición de análisis narrativo, desde la poética aristotélica hasta los estudios estructuralistas o psicológicos de estructuras narrativas y el análisis conversacional de las narraciones espontáneas de historias, podemos resumir brevemente las propiedades específicas de las historias de la siguiente manera (para los detalles, véanse, p. ej., Chafe, 1980; *Communications*, 1966; Ehlich, 1980; Labov y Waletzky, 1967; Mandler, 1984; Polanyi, 1985; Quasthoff, 1980; Van Dijk, 1980):

- a. Las historias abordan, fundamentalmente, *acciones y cogniciones humanas* (pasadas), si bien también las descripciones de otros acontecimientos, objetos, lugares o circunstancias pueden formar parte de las historias; por ejemplo, como condiciones o consecuencias de la acción humana.
- b. En general, las historias tratan sobre acontecimientos y acciones que se construyen en forma *interesante* para el público. Esta calidad “pragmática” de lo interesante se obtiene comúnmente por el relato de acciones o acontecimientos inesperados, atípicos, extraordinarios o impredecibles, dado el conocimiento y las creencias del público.
- c. Esto implica también que las historias suelen narrarse para *entretener* al público; por ejemplo, para influir en sus reacciones estéticas, étnicas o emocionales. Sin embargo, como veremos más adelante con relación a las historias sobre las minorías, las historias también pueden tener funciones sociales, políticas o culturales más amplias o desempeñar el rol de un esquema argumentativo.
- d. Las historias se organizan en forma abstracta a través de un *esquema textual* canónico o superestructura que consiste en un conjunto jerárquicamente organizado de categorías convencionales, como el Resumen, la Orientación, la Complicación, la Resolución, la Evaluación y la Coda o Conclusión (Labov, 1972; Labov y Waletzky, 1967). En las historias concretas, algunas de estas categorías pueden permanecer implícitas. También su ordenamiento puede desviarse

se del orden esquemático formal, mientras que algunas categorías (como las Evaluaciones) pueden ocurrir de manera discontinua, es decir, aparecer a lo largo de la historia..

- e. Las historias pueden narrarse desde diferentes *perspectivas* o puntos de vista, pueden construir al narrador como un participante o no, y pueden ser realistas o ficcionales.
- f. Las historias conversacionales, además, están organizadas por propiedades generales de la *interacción conversacional*, como los turnos para hablar, las secuencias, las estrategias de negociación y formación de impresión, etc. No obstante, a diferencia de otras muchas formas del diálogo, la narración de historias generalmente obliga a que el narrador tome la palabra por un tiempo relativamente largo. Y a diferencia de la mayor parte de las historias escritas, las historias conversacionales, de todos los días, a menudo son producidas en conjunto por varios narradores, y las interrupciones por parte de la audiencia pueden formar parte de los eventos comunicacionales narrativos (p. ej. hacer preguntas, comentarios).

Historias y modelos mentales

Desde un punto de vista cognitivo, las historias son expresiones de los llamados *modelos* (episódicos) o modelos de situación (Van Dijk, 1985a; Van Dijk y Kintsch, 1983). Un modelo es una representación mental de un episodio, es decir, de un acontecimiento o acción que ocurre en una situación social específica. Las personas continuamente construyen nuevos modelos (personales, subjetivos, *ad hoc*) o ponen al día viejos modelos de episodios de los que han sido testigos, o de los que han participado o leído u oído (Morrow, Greenspan y Bower, 1989). Los modelos desempeñan un rol tanto durante la producción del discurso como en la comprensión del discurso. Cuando leemos el periódico, construimos nuevos modelos acerca de acontecimientos completamente nuevos (como los “motines” de Los Angeles) o ponemos al día modelos sobre episodios que hemos leído antes (p. ej., la Guerra del Golfo).

Los modelos son mucho más ricos que los textos que se fundan en ellos, que, en principio, sólo reseñan la información que interesa expresar y comunicar. Los modelos encarnan lo que generalmente se denomina la *interpretación* de un acontecimiento, pero también definen opiniones per-

sonales sobre ese acontecimiento. Están organizados por un esquema abstracto y responden a categorías como las de Escena, Participantes y Acciones, categorías con las que nos encontramos en las estructuras semánticas de las historias que son expresión de esos modelos.

Mientras que la mayor parte de los modelos cotidianos son comunes y, por lo tanto, difícilmente constituyen una base para la narración de la historia, aquellos modelos que de alguna manera son “extraordinarios” suelen ser los que se usan para narrar. Por supuesto, las descripciones de los acontecimientos cotidianos, comunes (por ejemplo, dentro de la categoría Orientación, el enunciado típico: “yo estaba en mis cosas de siempre... cuando de pronto. . .”) pueden ser un camino estratégico para desencadenar el interés narrativo de acontecimientos menos comunes. Por último, hay un tipo de modelo mental especial: aquel que representa la situación de comunicación (y por lo tanto al que narra la historia, al público, etc.). Este *modelo de contexto*, por supuesto, regulará lo que el narrador trasmite del modelo de evento (en virtud de las supuestas expectativas o intereses de la audiencia).

Funciones socioculturales

Por fin, más allá de las propiedades textuales y cognitivas de las historias, tenemos los muchos aspectos sociales y culturales de la narración de historias. Estas no sólo entretienen a la audiencia, sino que también pueden tener funciones de persuasión y, en forma más general, pueden contribuir a la reproducción del conocimiento, de las creencias, actitudes, ideologías, normas o valores de un grupo o de la sociedad en su conjunto. De modo similar, las historias pueden ser utilizadas para criticar, atacar o ridiculizar a la gente. Pueden ser una de las formas de informar a la gente o de “enunciar el código” de las instituciones (Kelly, 1985; Mumby, 1987). Por último, las historias sobre minorías, generalmente, funcionan como quejas por parte de la mayoría de los miembros del grupo o como expresiones de experiencias o prejuicios negativos sobre las minorías. En suma, las historias constituyen un género discursivo fundamental para la reproducción de la cultura y la sociedad. Lamentable-

mente, por lo mismo, las historias también son esenciales para la conservación y legitimación del poder y las ideologías dominantes: y, por lo tanto, para la reproducción del racismo.

Historias sobre minorías

En las conversaciones cotidianas sobre minorías, las historias desempeñan un rol importante. Se cuentan en forma rutinaria para expresar y comunicar experiencias personales con miembros del grupo minoritario, a menudo de los propios narradores, pero también de los miembros de la familia, amigos o conocidos. Estas historias, por lo general, tienen más un “objetivo” argumental o persuasivo que una función de entretenimiento. Mientras que grandes partes de las conversaciones sobre minorías son generalizaciones sobre grupos de minorías étnicas o relaciones étnicas, las historias personales proporcionan una información concreta que es utilizada como la “prueba” de una conclusión argumental más general. El peso de esta prueba es epistemológico (Danto, 1985; Dipardo, 1990). Sugiere que los hechos narrados constituyen una fuente de conocimiento fidedigna porque representan una experiencia personal vivida. Al mismo tiempo, se sugiere que la conclusión (negativa) no está marcada étnicamente, sino sostenida por los hechos.

Sin embargo, los acontecimientos deben cumplir una serie de condiciones para que se los considere “narrables”. Hemos visto anteriormente que los acontecimientos, de alguna manera, debían ser “interesantes”, en la medida de lo posible, tanto para el narrador como para la audiencia. En especial, las historias sobre minorías deben contar acontecimientos que resulten significativos como ejemplos de encuentros intergrupales. En una sociedad predominantemente blanca, cualquier encuentro con un miembro de un grupo minoritario podría, en principio, considerarse significativo por sí solo, simplemente por el carácter poco común de tales encuentros. Sin duda, la mera aparición de una persona negra en un pueblo totalmente europeo y blanco puede ser razón suficiente para contarle a otro el hecho de “haber visto” a esa persona. En las ciudades racial o étnicamente

mixtas, este tipo de encuentros es cada vez más común y por lo tanto resultan menos interesantes como materia narrativa. En ese caso, las condiciones de narrabilidad ya no vienen dadas por la mera pertenencia grupal de los “otros” participantes de la historia sino, cada vez más, por la naturaleza de los actos y sucesos.

¿Cuáles son los actos o sucesos de situaciones étnicas que resultan especialmente notables? La primera respuesta obvia a este interrogante es que todas aquellas propiedades o actividades de los miembros del grupo minoritario son notables porque, por razones no triviales, se las considera diferentes de las de los miembros del propio grupo. Es decir, los narradores, implícitamente —y a veces de manera explícita— comparan situaciones étnicas con situaciones y acontecimientos en los cuales sólo participan blancos. Esta comparación es esencial porque aquellos acontecimientos que podrían no ser narrables en todas las situaciones referidas a los blancos, bien pueden ser susceptibles de narrarse cuando uno de los participantes no es blanco, aunque más no sea porque estas situaciones de uno “solo” resultan menos comunes o más notables por razones puramente cognitivas (Taylor, 1981).

Sin embargo, la excepcionalidad no es una condición suficiente de narrabilidad. Vale decir, es típico que las historias sobre minorías reciban una evaluación globalmente *negativa*. Los acontecimientos que pueden destacarse positivamente con relación a los grupos minoritarios son mucho menos utilizados como ocasiones para narrar por parte de la gente blanca con prejuicios. Desde el punto de vista cognitivo, esto puede significar, en primer lugar, que esos acontecimientos no sean interpretados y conservados como acontecimientos positivos, o que, si lo son, pueden o bien no ser recuperables o bien ser menos fácilmente recuperables. Por supuesto, es justamente lo que sucede si la función comunicativa de la historia debe apoyar una conclusión negativa acerca de las minorías. En ese caso, los modelos de encuentros positivos pueden ser menos accesibles o más fácilmente descartados por “impertinentes” con relación a lo que se quiere demostrar.

Si las historias sobre las minorías se cuentan primordialmente para apoyar una conclusión negativa más general, esperaremos que, por el contrario, sean ejemplos de es-

tereotipos y prejuicios étnicos o raciales. Por ejemplo, si se piensa que los negros son más delincuentes que los blancos, podemos suponer que habrá historias que avalan esa opinión racista general. Comparadas con otras historias sobre delitos, tales historias por lo tanto tienen dos condiciones de narrabilidad independientes, pero relacionadas entre sí: para la mayor parte de los ciudadanos comunes, los delitos de los miembros del grupo minoritario no sólo son formas de conductas desviadas o representaciones de acontecimientos inusuales, sino que resultan específicamente interesantes porque constituyen ejemplos de una categoría específica del “delito de las minorías”. Las noticias sobre delitos y la noticiabilidad en los medios manejados por blancos también se basan en esta condición: las historias sobre delitos perpetrados por miembros de grupos minoritarios suelen ser motivo de una atención especial por parte de los periodistas y de los lectores (Van Dijk, 1991).

Adviértase, sin embargo, que la mera participación de los miembros del grupo minoritario no es suficiente. Es decir, tanto en los noticiarios como en las historias cotidianas se habla de ellos mucho menos cuando son las víctimas de un delito, en especial si ese delito ha sido cometido por miembros del grupo blanco. Por lo tanto, obra y responsabilidad resultan cruciales para apoyar conclusiones negativas acerca de los grupos minoritarios, porque sólo esas historias son representaciones de los prejuicios del grupo blanco. Los blancos, especialmente los blancos con prejuicios, tenderán a contar pocas historias acerca de negros que han sido víctimas de discriminación o de ataques racistas. Crucial es también la otra condición, según la cual la actividad negativa debe ser interpretada como una *amenaza* real o potencial para los blancos o para el grupo blanco en su conjunto. En otras palabras, las historias sobre minorías a menudo son historias sobre *los blancos en tanto víctimas (auto-definidas)* de actos realizados por miembros del grupo minoritario o de las relaciones étnicas en general.

La clase de acontecimientos que puede ser calificada a partir de estas condiciones —actos interpretados negativamente de los cuales los negros son considerados agentes responsables y de los cuales los blancos son considerados víctimas (inocentes)— es potencialmente muy amplia. El delito y la violencia resultan tópicos fundamentales en este caso,

simplemente porque el elemento de amenaza intergrupala es eminentemente concreto e importante: la seguridad misma de los miembros del grupo blanco está comprometida.

Sin embargo, las amenazas y el peligro también pueden ser económicos, políticos, sociales y culturales. Por lo tanto, podemos esperar que las historias que sustentan los prejuicios generales sobre la competencia económica (“Nos quitan el trabajo, ocupan nuestras casas...”, etc.), el poder político (“Van a tomar la ciudad”), los privilegios sociales (reciben subsidios”, “Viven de nuestro bolsillo”, etc.) y las amenazas culturales (“No hablan nuestro lenguaje”, “Tienen otra religión”, “Tienen una mentalidad diferente”, etcétera).

En todos estos casos, hay una transición gradual que va desde las diferencias notables pero aceptables, pasando por la desviación inaceptable, hasta llegar a las amenazas directas para el grupo blanco. Cuanto más amenazadoras para el grupo sean las historias, más prototípicas resultarán como “historias de minorías” y, por lo tanto, más persuasivas serán para construir el argumento negativo. Esto puede significar que hay una estrategia narrativa general que se desplaza desde las percepciones de diferencia hasta las evaluaciones de desviación negativa y amenaza.

De manera que si los negros se visten en forma llamativa (“fulgurante”), o conducen autos ostentosos (un elemento que se registra en muchas historias), esto difícilmente podría calificarse como algo narrable. Más bien, es la interpretación y la explicación adherida a esa observación la que puede convertirse en el asunto de la historia: que este comportamiento extravagante sea incoherente con el estereotipo de que las minorías son pobres y que (por lo tanto) tal comportamiento ostentoso quizá se deba explicar por lo menos como una provocación, si no como la consecuencia de desviaciones o delitos, como el abuso de las regulaciones de la ayuda social o el tráfico de drogas.

Aquí pueden intervenir no sólo diferencias socioeconómicas o culturales o amenazas, sino también sentimientos (que en la actualidad a menudo están ocultos o hasta reprimidos) de superioridad blanca: los miembros del grupo minoritario están en una posición subordinada y deberían actuar en consecuencia; si no, están “fuera de lugar”. En otras palabras, una amenaza también puede ser interpretada como una amenaza a nuestra posición de superioridad o a

nuestros privilegios; por ejemplo, cuando los negros reclaman igualdad de derechos o medidas eficaces de afirmación de los derechos. Aun el tratamiento más ligeramente preferencial en situaciones específicas será rechazado inmediatamente como “discriminación al revés”, es decir, como una infracción de los derechos del grupo blanco. Nuevamente, muchas historias, en especial en situaciones de relaciones intergrupales cambiantes y más desarrolladas (por ejemplo en los Estados Unidos), se concentrarán en esta forma de “amenaza”.

Cabe observar por último que las condiciones de narrabilidad para las historias sobre las minorías parecen ser internamente incoherentes. Si ocurre que la diferencia, la desviación o la amenaza sean vistas como propiedades prototípicas de los grupos minoritarios, entonces las historias que apoyan esas creencias generales difícilmente proporcionarán información nueva, interesante o inesperada para el narrador o la audiencia (blanca). Sin duda, los actos de los miembros de la minoría en un caso así serán predecibles y, por lo tanto, menos narrables. Si es así, podemos llegar a la conclusión de que pese a que estos discursos son menos narrables como historias, bien pueden ser aceptables como premisas en un tipo diferente de género discursivo: es decir, en la argumentación, como vimos antes. Sin duda, esos discursos no servirán tanto para entretener cuanto para quejarse, acusar y argumentar. Al mismo tiempo, a causa de la norma oficial de tolerancia y el “riesgo” de que la audiencia pueda ser activamente antirracista, el narrador no siempre puede estar seguro de que el prejuicio general es compartido, de manera que la historia presente acaso no se proponga tanto sostener una tesis consabida cuanto sustentar una posición de controversia (véase también McGee y Nelson, 1985).

Un ejemplo: el accidente de taxi

Examinemos un ejemplo de este tipo de historia en forma más minuciosa. La historia es narrada por un joven obrero de mantenimiento de 28 años; de San Diego, originariamente de Ohio, que vive en un vecindario mixto de clase media baja. El entrevistador era un estudiante de 19 años y

el tópico inicial de la entrevista semidirigida era el vecindario del entrevistado.

A fin de poder situar la historia sobre el fondo de otras afirmaciones del entrevistado, haremos primero unas breves citas que ilustran sus opiniones acerca de las minorías étnicas y las relaciones étnicas en su vecindario, en San Diego y en los Estados Unidos en general. Cuando se le pregunta si le gusta su barrio, espontáneamente se refiere a los grupos étnicos minoritarios cuando le toca el turno de hablar, como sucede con mucha otra gente que hemos entrevistado. De este predominio en la conversación, podemos deducir un predominio de las relaciones étnicas en los modelos que se ofrecen al encuestado con relación a su vecindario. Después de haber estado ausente durante un año, el hablante advierte lo siguiente:

1. Vienen muchos más mexicanos por aquí ahora, muchos más negros, y antes no era tan malo como ahora, el lugar ha cambiado mucho de un año a esta parte. (LG4, 7-9)

Adviértase que el cambio de composición étnica es considerado como un cambio para peor porque hay menos gente blanca en el vecindario. Esta observación en modo alguno es única. También en la mayor parte de las entrevistas que grabamos en vecindarios del centro de Ámsterdam, el “cambio negativo” fue uno de los tópicos iniciales fundamentales de los encuestados: la creciente presencia de grupos minoritarios se interpreta como una condición suficiente para considerar que el vecindario se deteriora o resulta menos atrayente para los blancos. Sin duda, para que se las considere notables y, por lo tanto, asunto de historias, las minorías casi no tienen que hacer nada: su sola presencia puede ser suficiente para calificarla como una “complicación” general en la “historia de vida” de la gente blanca.

Cuando se le pide que sea más específico, el entrevistado se defiende un poco (no en esta misma zona, “sino ahí donde vivíamos...”), pero por último menciona la basura que hay por todas partes (“Igual que en Tijuana”) y cuenta las experiencias de otros, de su mujer en primer lugar (“ella tenía miedo de caminar por esas calles”). La comparación con la ciudad mexicana del otro lado de la frontera basta para que los locales establezcan una caracterización negativa.

Una vez que el deterioro del barrio se atribuye a la llegada de mexicanos y de negros, el encuestado alude a otras cosas que no le gustan sobre “ellos”:

2. Sobre todo cuando están protegidos por la asistencia del gobierno y ellos, en fin, ya entiende usted de qué le hablo, termina siendo dinero mal gastado. (LG4, 33-35)

A partir de estos argumentos, la conclusión es la siguiente: “Tendría que hacerseles más difícil entrar a los Estados Unidos”. O, por lo menos, si se trata de gente que viene a este país, no deberían obtener dinero del gobierno durante años, porque “ellos” vienen sólo porque es fácil obtener el dinero de la asistencia. Cuando se le pregunta sobre los negros que en realidad no vinieron a este país por la asistencia, insiste en el mismo tópico: quieren ayuda fácil y todo el mundo hace trampas con la asistencia social, “sobre todo los negros”.

Sin embargo, estas afirmaciones generales pueden sonar racistas, así que cuando se le pregunta si él tiene colegas negros, el entrevistado retrocede un poco con el típico Recurso de la Supuesta Concesión:

3. Hay negros malos y hay blancos malos, me entiende, yo no me llevo bien con algunos de estos blancos y no me llevo bien con algunos de esos negros. ¿Es así, no? (106-108)

Estas comparaciones son un movimiento táctico persuasivo en la estrategia global de la autopresentación positiva: si no sólo los negros sino también los blancos pueden ser considerados “malos”, el enunciado no puede literalmente ser visto como la expresión de una actitud negativa hacia los negros. Que tales enunciados sean una forma de supuesta concesión puede deducirse del hecho de que el resto de la entrevista se concentrará en ejemplos de mal comportamiento de otros —y no de personas blancas—. De modo que inmediatamente prosigue refiriendo que su mujer fue acosada por unos mexicanos y que aunque fue rescatada por una joven amiga, esta joven también era miembro de una banda y sacó un cuchillo para ahuyentar a los mexicanos.

Más adelante admite que la inmigración ilegal también es estimulada por las compañías que contratan a los extranjeros indocumentados, de modo que propone una vigilancia

más activa de los empleadores y llega a la conclusión de que el gobierno no es serio cuando dice querer detener la inmigración ilegal si hay tantas compañías que dependen de la “mano de obra esclava” barata.

Como dice que oye “muchas historias en esta ciudad”, el entrevistador lo insta a contarle una. Entonces empieza a contar la historia que proponemos examinar con más detalle. Sin embargo, primero hace una afirmación más general acerca de los taxistas ilegales:

4. (...) como la mitad de los taxistas aquí son extranjeros ilegales. Yo sé que aquí la mitad de los taxistas son ilegales. Se gana bastante bien. Cobran unos 50 dólares por persona para traerlos y hacerlos colar por la frontera. (184-187)

Esta breve referencia a los extranjeros ilegales es coherente con el tópico más general del trabajo ilegal en el área. Después de otra información personal sobre su trabajo y su familia, el entrevistador lo invita a hablar sobre las diferentes culturas de la ciudad. Dentro de este tema general surge la historia del taxista (las bastardillas indican un énfasis especial):

5. *M*: Sí, esa es una de las cosas que no me gustan. Es como.. . no sé. Antes, cuando la gente venía a los Estados Unidos, cuando yo leo *mi* historia era diferente, sabe, ellos querían *adaptarse* al estilo de vida americano, me entiende, quizá mantener algunas de sus costumbres, como apoyarse en sus hijos, pero querían adaptarse, querían aprender inglés, querían conseguir un trabajo, querían hacerlo. Y ahora vienen aquí y es como si dijeran ¡Bravo! ¿me entiende?, el Estado les da todo, en las elecciones tienen sus propios idiomas así pueden votar en diferentes idiomas. No me sorprendería que pusieran las señales callejeras en español y (???) cosas así. Creo que es realmente idiota. Eso creo.

I: ¿Y usted cree que no se debería gastar ese dinero?

- M*: No, porque, digamos, y conduz... quiero decir yo conduje un auto hace unos años, usted hablaba de historias, y ese pobre tipo, yo iba conduciendo junto a este viejo que iba manejando a mi lado sobre el carril de la izquierda. De pronto se viene para mi carril y me tiró sobre la vereda y me rayó todo el costado del taxi. Y él podía... así que I seguimos y nos fuimos a una estación de servicio y él se

bajó, no sabía hablar ni una palabra de inglés. Sus hijas —llevaba con él a las nietas que tendrían diez u once años--, él no hablaba ni una palabra de inglés así que hace una llamada telefónica para que venga su hijo; que ellos lo arreglarán todo y este tipo se queda ahí parado, y ni siquiera podía hablarme, estaba ahí parado y su hija decía que yo tenía la culpa y que no sabía manejar y esas cosas, y este tipo no -podía hablar ni una palabra de inglés. ¿Cómo maneja un auto? ¿Qué pasa si mata a alguien en la calle, le pasa por encima, o algo así? ¿Usted se lo imagina llamando por teléfono y tratando de conseguir ayuda? Después llegan, y él trataba de decirle a la policía que yo tuve la culpa, que él había querido dar la vuelta al avanzar sobre mi carril. Que había hecho la señal de giro y que yo no lo había dejado pasar. Y él estaba a medio camino ahí en la colina y yo me pongo en mi carril, quiero decir que él estaba delante de mí cuando yo giré, estaba al costado y después se viene derecho a mi carril, y le dice a esa gente que yo tuve la culpa, y por fin no era yo el que tenía la culpa. Y yo hice que se pusiera cuidado, me entiende, pero él no sabía hablar ni una palabra de inglés y es una estupidez, creo yo al menos, alguien que ni siquiera puede leer una señal en la calle porque no habla inglés, me entiende, si ni siquiera lo lee. Eso es lo que detesto, me entiende. Que vengan acá, bueno, pero muchos vienen aquí porque saben que conseguirán mucho dinero con ese negocio y tienen razón. Muchos lo lograron. (201-247)

En muchos sentidos, esta es una típica historia conversacional así como una típica historia sobre extranjeros. En primer lugar, se trata de una historia porque cuenta acontecimientos y acciones pasados interesantes, en los que el que cuenta está involucrado, y que no son corrientes. Los accidentes o los que no llegaron a serlo, tanto en las historias cotidianas como en las que aparecen en los periódicos, son uno de los ejemplos más prototípicos de estos acontecimientos eminentemente narrables. La manera de plantear la conversación, la organización esquemática global así como el estilo local muestran además que se trata de una historia y no, por ejemplo, de un informe policial sobre ese mismo acontecimiento. Por fin, la misma persona que está hablando clasifica y marca el comienzo de su historia en tanto tal: “Usted hablaba de historias”, dice.

El esquema narrativo global es el siguiente (obsérvese que las categorías del esquema narrativo no organizan estructuras locales en forma directa, sino macroproposiciones o tópicos de nivel más alto, que enumeramos aquí como aproximaciones tentativas de las del propio narrador):

1. *Escena* (Tiempo, Participantes): Yo conduje un taxi hace unos dos años.
2. *Orientación*: Iba conduciendo a la par de este viejo y sus nietas.
3. *Complicación I*: De pronto se pasó a mi carril y me rayó el costado del taxi.
4. *Complicación II*: Nos detuvimos pero no pudimos hablar una sola palabra en inglés.
5. *Complicación III*: Ellos decían que yo había tenido la culpa.
6. *Resolución I*: Yo hice que se pusiera cuidado.
7. *Evaluación I*: Es estúpido.
8. *Evaluación II*: Es exactamente lo que detesto.
9. *Coda / Conclusión I*: Es peligroso conducir un auto cuando uno no habla la lengua.
10. *Coda/Conclusión II*: La mayor parte de ellos viene acá para conseguir dinero fácil.

Esta estructura de historia global es más bien directa; aparecen en la historia sobre todo categorías narrativas canónicas. La Escena es más o menos breve y se limita a volver a una situación del pasado, cuando el que narra aún era conductor de taxi. Corresponde observar la enmienda que aparece en la conversación (“Yo conduz... conduje un auto hace unos dos años”) en que la corrección a un pasado simple designa un estado general (una profesión) en la que es necesario explicar por qué el narrador conducía un taxi.

Luego, en la frase siguiente, la descripción de la historia real es expresada mediante un gerundio (“iba conduciendo”), y por lo tanto introduce la categoría Orientación, que por lo general hace referencia a la actividad común de todos los días (“Estaba haciendo X, cuando...”). Como corresponde, la Complicación se introduce mediante la expresión “de pronto” y gobierna todas las proposiciones en la conversación que se refieren a la forma en que el viejo cambia de carril. Esta parte tiene dos cláusulas, de las cuales la segunda

es aún más detallada pero funcional como modo de guardar las formas por parte del narrador: para el oyente, debe quedar claro que no fue el narrador el culpable del accidente segunda cláusula de la categoría Complicación define otro acontecimiento inesperado y amenazador por sí mismo: el conductor del taxi es acusado en una situación en la que él se concibe a sí mismo como víctima de la imprudencia para conducir un auto. La Resolución de ese fragmento de la historia ha sido sucintamente referida por el narrador como “Yo hice que se pusiera cuidado” (no dice cómo ni con quién), seguida luego por un ejemplo de Evaluación muy conocido: “Es estúpido”.

Ahora bien, esta sería una de esas historias clásicas de accidentes cotidianos si no fuera por un conflicto específico adicional: el otro conductor no hablaba “una palabra de inglés”. Como parte de una historia de “accidente de automóvil”, podría haber sido un problema adicional menor, por ejemplo, como un segundo conflicto en la resolución del incidente. Sin embargo, no es el caso. El mero hecho de que el narrador repita varias veces “y no podía hablar ni una palabra de inglés”, sugiere que este conflicto no es en absoluto un problema menor para el que narra la historia.

En efecto, la *intención* (Polanyi, 1979) de la historia no es tanto el accidente automovilístico como el hecho de que el otro conductor no hablara inglés. Es decir, en esta entrevista en particular, que trata fundamentalmente sobre minorías y relaciones étnicas en el sur de California, y tras una pregunta y una respuesta que versan sobre las diferencias culturales y la supuesta resistencia de los inmigrantes a aprender inglés, el objetivo de la historia debería estar relacionado con las implicaciones de este enunciado, como en este caso: las categorías Evaluación y Conclusión del que narra la historia describen en detalle las posibles consecuencias que puede acarrear el hecho de no saber inglés cuando se conduce un automóvil (Qué pasa si...”).

En realidad, asistimos aquí a lo que podría denominarse una *historia de segundo orden*. Es decir, hay una historia sobre un accidente automovilístico, pero “encima” (o “por debajo”) de esa historia hay otra historia acerca de las consecuencias desastrosas que el desconocimiento del inglés leído o escrito puede producir en el tránsito (y, por lo tanto, en la sociedad norteamericana). Esta historia de segundo

orden es la verdadera “historia del extranjero” incitada por el contexto de la conversación (ya no se les exige que aprendan el idioma, etc.) y lleva a su propia Conclusión, que sustenta la tesis del narrador en esta parte de la entrevista.

Por supuesto, la calidad persuasiva de la narración de la historia de segundo orden bien puede estar sustentada por la categoría de Complicación de la primera historia. Un accidente automovilístico, por lo general, es un acontecimiento trágico y una narración de primer orden suficientemente “fuerte” como para acentuar la “historia del extranjero”, de segundo orden. Sin embargo, en este caso, se tropieza con un problema: el conductor del taxi sólo sufrió rayaduras en su automóvil, de modo que la historia de primer orden puede ser materia narrativa, pero no resulta impactante en la medida que no ocurrió nada grave. El narrador conoce implícitamente la debilidad de esta historia de primer orden (el accidente automovilístico) y, por lo tanto, acentúa las *posibles* consecuencias de la Complicación presente (“y si mata a alguien...”). Se trata de una estrategia narrativa muy conocida que resalta la naturaleza dramática de las complicaciones (por ejemplo, “Yo podría haber muerto...”).

Una forma alternativa de analizar la Complicación principal de esta historia (No podía hablar ni una palabra de inglés”) es tratar el accidente automovilístico como Orientación. En la medida en que se trata de un accidente menor que ocurrió hace muchos años, en realidad no hay muchos motivos para contar la historia; sin duda, si no hubiera sido por la presencia del extranjero, posiblemente habría fracasado como una historia de primer orden. Sin embargo, como Orientación funciona bien: “Hace algunos años, cuando tuve un accidente con el auto, ocurrió que...”. Tener accidentes menores es un hecho corriente en la vida automovilística y por lo tanto puede ser utilizado como una Orientación introductoria. En efecto, la verdadera Complicación (“el hombre no hablaba inglés”) cambia los posibles resultados de un acontecimiento tan cotidiano como un accidente automovilístico menor.

Por último conviene observar que esta historia sólo tiene una categoría de Resolución: “Y yo hice ^{que} se pusiera cuidado”. Sin embargo, esta solución sólo se refiere al problema de aquello que el narrador considera una falsa acusación. Lo que no se resuelve es la Complicación principal de

la historia: el hecho de que el viejo “no hablara una palabra de inglés”. Esta falta de una categoría de Resolución en las historias sobre minorías es bastante común. En 144 historias holandesas que analizamos, cerca del 50 % carecía de una categoría de Resolución (Van Dijk, 1984). Explicamos esta falta de Resolución como una expresión de la falta de una solución en el modelo subyacente: el acontecimiento complicado se interpreta como una dificultad irresuelta que hace que la historia adquiera la forma de una historia de queja. Si el narrador hubiera podido resolver el problema, en este caso, por ejemplo, hablándole al viejo en otra lengua, entonces el “objetivo” de la historia de la queja se hubiera perdido: el problema no hubiera sido grave. Las historias sobre minorías, por lo tanto, son relatos de acontecimientos que colocan a las minorías en una perspectiva negativa. La falta de Resolución acentúa la categoría de la Complicación (negativa) y por lo tanto la naturaleza problemática de la presencia de inmigrantes en el país.

Si bien la historia de primer orden sobre el accidente automovilístico es menos apropiada como historia *per se*, resulta narrativamente necesaria para canalizar la otra historia, porque el hecho de que alguien, inesperadamente, no hable inglés en determinada situación difícilmente constituya una historia con Complicación. Su naturaleza dramática sólo se vuelve notoria si está colocada en una situación en la cual la incapacidad para hablar la lengua puede tener consecuencias fatales, por ejemplo, si es necesario pedir ayuda a causa de un grave accidente automovilístico.

Hemos visto que, en varios niveles, esta historia compleja está narrada para apoyar la conclusión global según la cual es necesario que los inmigrantes aprendan la lengua. Esta afirmación aparece en ambas ocasiones y concluye la historia, y forma parte de una argumentación más compleja consignada al comienzo del ejemplo, donde el narrador establece una diferencia entre los viejos y los nuevos inmigrantes. Esta comparación ha sido presentada por una afirmación evaluativa que responde a la pregunta del entrevistador acerca de los conflictos interculturales.

6. Sí, esa es una de las cosas que no me gustan.

Esta evaluación debe ser sostenida por un principio o norma de evaluación más general. Esta norma se establece

en el comportamiento correcto de los inmigrantes en el pasado: se adaptaban. Tanto en California como en los Países Bajos, es la norma de adaptación la que con más frecuencia se vincula con los inmigrantes en las conversaciones cotidianas. Una de estas normas, también en California, es que los inmigrantes deberían aprender la lengua del nuevo país. Siguiendo una conocida fórmula de “los buenos viejos tiempos”, el narrador concede que los “viejos” inmigrantes en efecto tomaban iniciativas y salían a buscar un trabajo, con lo cual se acentúan aún más las características negativas de los actuales inmigrantes. Este enunciado especifica su opinión anterior, más general, según la cual los inmigrantes son malcriados por el Estado con limosnas y, en consecuencia, no se esfuerzan, argumento que resulta característico de las actitudes y políticas actuales según las cuales no se trata de algo “sin importancia” con respecto a las minorías. La cuestión de la lengua se detalla aún más al dar el ejemplo de las votaciones bilingües y de las señales callejeras.

Estas afirmaciones evaluativas anteriores se reiteran al final de la historia en la conclusión narrativa de la historia de segundo orden: “Es precisamente lo que detesto”, enunciado que coloca a la historia en el esquema argumental de la conversación. El narrador lo hace en dos niveles de argumentación: primero, acumula las quejas sobre la supuesta falta de aptitud lingüística; y segundo, inmediatamente coloca la conclusión dentro de la conclusión de nivel superior referida a las motivaciones inaceptables de los inmigrantes de hoy en día. Este planteo explícito muestra nuevamente que las “historias de las minorías” no tienen como fin prioritario entretener sino persuadir a la audiencia sobre un argumento que —para los narradores prejuiciosos— casi siempre implica una caracterización negativa de “ellos” y un rol de víctima para “nosotros”.

Otras historias sobre minorías

Si se las compara con las entrevistas reunidas en los Países Bajos, las que se registraron en California tienen relativamente pocas historias. La mayor parte de los que hablan se refieren al vecindario y a la ciudad y a las relaciones con las minorías en términos más bien generales, como ocurre

en el caso de la mayor parte de los entrevistados que viven en vecindarios blancos en los Países Bajos: en primer lugar, tienen pocas experiencias personales con las minorías.

Al mismo tiempo, la narración de historias parece estar condicionada por un factor mixto de clase y educación: los entrevistados de clase media tienden a hablar en forma más general, descriptiva o argumental, y menos en forma narrativa. Aparte de la posible falta de experiencias personales, esta diferencia de clase o de educación sugiere que el problema de las “relaciones étnicas” está definido fundamentalmente como un problema social por los narradores de clase media, para quienes el discurso argumental es el más apropiado. Para los de clase baja sucede lo mismo, pero sus argumentos pueden ser menos persuasivos si carecen de un conocimiento general minucioso sobre las cuestiones étnicas. En cambio, cuentan historias personales para apoyar su objetivo general. Esto puede explicar por qué la mayor parte de los entrevistados californianos, sobre todo ciudadanos de clase media con educación, cuentan menos historias.

Desde estos antecedentes, comentaremos algunas de las otras historias narradas en California.

EL ATAQUE A TRAICION

Un electricista de 30 años cuenta las relaciones que tiene con sus amigos blancos y negros. Refiere que a veces surgían conflictos menores, como, por ejemplo, ponerse nombres (“usted sabe... como si estuvieran hablando de "honkies" [blancos]). Cuando se le pregunta por una situación particular, cuenta brevemente:

7. ¡SI, una vez me atacaron a traición! En el parque de la ciudad... un grupo de chicos negros y uno de ellos... supuestamente era mi amigo. Yo estaba con él, con este chico negro, y... él se unió a ellos... y me pegaron una paliza... sabe (...) Me molieron a palos, ellos eran muy agresivos... infelices (...) Porque era lo que esperaban de él. El no quería que ellos lo rechazaran, supongo (...) Usted sabe, lo odié después de eso. Nunca más le volví a hablar. (JK1, 4-5)

La historia tiene las categorías narrativas usuales, incluso un final Conclusión / Coda. Nuevamente, se pone el

foco especialmente en la Complicación. La Complicación de primer orden, que se repite en el próximo giro de la historia dialógica, es que unos muchachos negros lo golpearon, mientras que la Complicación de segundo orden versa sobre un acto de traición: el chico negro que él creía su amigo se unió a los otros negros. Su explicación sobre su traición muestra que este es el verdadero objetivo de la historia: aunque ellos digan que son amigos, uno no puede confiar en ellos, porque ellos se apoyan entre sí. Se puede observar que esta historia tampoco tiene Resolución, ni la historia de primer orden (la paliza) ni la historia de segundo orden (la traición de su amigo). Es interesante que la Conclusión/Coda sólo pertenezca al primer orden de acontecimientos: él no volvió a dirigirle la palabra a ese muchacho negro. En el segundo orden, no saca en conclusión que nunca más tendrá amigos negros.

AFIRMACION DE DERECHOS

La segunda historia está narrada por una maestra de escuela primaria que tiene 60 años. Cuando se le pregunta por la afirmación de derechos, contesta que el empleo debe ser competitivo y que debe darse trabajo a los mejores. Luego cuenta la historia de una amiga de ella:

8. Sí, no sé qué ocurrió en W., en el sistema escolar, porque una amiga mía hubiera podido conseguir el empleo pero ellos decidieron dárselo a uno de la minoría. Y ella había sido mi directora y tenía una posición en el sistema escolar de W. y era realmente una alhaja. No sé nada sobre la otra persona, pero esta era mi amiga y me sentí muy mal cuando no lo consiguió porque, usted sabe, siempre pensé que ella estaría primera. Y ahora la otra persona quizá tuvo exactamente las mismas calificaciones que ella. Y ella nunca se molestó por eso, y no se quejó. (LD 1A, 5)

Nuevamente encontramos las categorías narrativas usuales y un eje en lo que se considera como uno de los aspectos problemáticos de las relaciones étnicas: que a los blancos a veces se les niega el empleo para dárselo a un negro. Hay que observar que en este caso hay alguna Resolución del problema descrito en la categoría Complicación

no de la ausencia de prejuicios, o de prejuicios menos agresivos. Puede observarse sin embargo que esta mujer sabe qué es lo que se supone que ella debe esperar. El objetivo de su historia es precisamente, como en la mayor parte de las historias, que las “expectativas normales” se frustraron. Es decir, ella es consciente de la creencia socialmente compartida entre muchos blancos según la cual los vecindarios mixtos o, más bien, los no-blancos (al menos en los centros urbanos pobres) tienden a ser peligrosos y a robar. Al mismo tiempo, su historia puede entenderse como un ejemplo de *contrahistoria*, es decir, como una historia que se propone cuestionar los prejuicios predominantes. Adviértase que tales contrahistorias presuponen una ausencia de prejuicios (vociferantes): en el análisis de historias de narradores obviamente prejuiciosos, encontré muy pocas historias positivas sobre las minorías.

Conclusión

El racismo como sistema de dominación del grupo blanco se reproduce en varios niveles. Además de los actos de discriminación individual e institucional, este sistema se reproduce especialmente a través del discurso y la comunicación. Los blancos necesitan conocer las opiniones, actitudes e ideologías de los otros miembros del grupo y, al mismo tiempo, quieren comunicar y legitimar las propias a otros. La narración de historias es uno de los géneros discursivos que permite que la gente exprese sus experiencias y evaluaciones sobre acontecimientos “étnicos” concretos.

Mi estudio sobre las conversaciones cotidianas en los Países Bajos y California ha mostrado que estas historias suelen ser narradas como elementos funcionales en estrategias argumentativas globales de presentación negativa del otro. Es decir: para mostrar que los afro-norteamericanos, los mexicanos, los turcos, los marroquíes o los surinameses tienen propiedades negativas que están representadas en sus actitudes, los blancos con prejuicios tienen que sostener esta afirmación con “pruebas”. Si no, los enunciados negativos sobre las minorías o sobre los inmigrantes pueden ser oídos como racistas. Luego, las historias negativas están

presentadas como una descripción de “los hechos” porque informan acerca de acontecimientos que la gente ha visto o en los que ha participado.

El análisis de algunos ejemplos de las entrevistas californianas ha demostrado, primero, que podemos distinguir entre narración de primer orden y de segundo orden. Las Complicaciones interesantes del primer orden, como un accidente automovilístico, pueden volverse virtualmente irrelevantes en el nivel étnico o racial de segundo orden, y ser un mero contexto (y pretexto) para referir los aspectos supuestamente problemáticos de las relaciones raciales, tales como la incapacidad de los inmigrantes para hablar inglés. Se encontraron otras confirmaciones de la hipótesis en historias sobre minorías que tienden a carecer de una categoría de Resolución. Hay dos explicaciones, relacionadas, para esta propiedad estructural de las “historias de minorías”, que comparten con otras “historias de quejas”: a) una función interactiva, persuasiva, donde el eje es la Complicación (negativa), es decir, donde se destacan las propiedades negativas asignadas a los actores de la minoría y no tanto lo que el narrador “hizo con eso”, y b) una representación esencialmente problemática de acontecimientos étnicos en modelos mentales, como una dificultad para la cual no *hay* solución para el narrador.

También se demostró que hay una diferencia sistemática entre las historias narradas por personas con prejuicios y por personas que apoyan la igualdad y se oponen activamente al racismo. Las primeras historias son fundamentalmente negativas y cuentan acontecimientos o experiencias que confirman las actitudes negativas más generales. Estas historias son tan estereotipadas como las actitudes que gobiernan la construcción y recuperación de los modelos mentales en los que se fundan. Personas blancas que no tienen problemas o tienen pocos problemas con las minorías tienden espontáneamente a contar historias más variadas y más positivas, y ocasionalmente hasta cuentan historias negativas sobre blancos racistas o intolerantes. Mientras que las personas con prejuicios tenderán a afirmar repetidamente que por supuesto no son racistas, las personas antirracistas no tendrán necesidad de presentarse bajo esta faz positiva. Sus propias historias y argumentos muestran su posición.

“pero ellos decidieron dárselo a uno de la minoría”): su amiga aceptó el hecho de no haber conseguido el puesto.

Es interesante que la presencia de una categoría Resolución en las historias sobre las minorías a menudo se asocie con una actitud menos negativa hacia las minorías. Esto aparece en la afirmación de que tal vez el candidato de la minoría fuese igualmente bueno, lo cual legitima el hecho de que este candidato, del mismo modo que su amiga, pudiera ser elegido. Para ella, los acontecimientos constituían una desilusión personal (“esta es mi amiga”) y no el ejemplo de un problema más general, por ejemplo, de competencia desleal.

Vemos que hay dos diferentes tipos de historias negativas sobre las minorías: por un lado, las que se cuentan sólo como la experiencia personal de un acontecimiento negativo en una situación interétnica, y por otro lado, las historias que, además, tienen un objetivo más general. Las del segundo tipo pertenecen más claramente a historias de grupo y tienden a ser narradas para demostrar un objetivo negativo más general en el esquema de argumentación sobre un grupo minoritario, como ocurre en la historia del accidente automovilístico citada antes.

Las historias de los otros entrevistados están en la línea de las comprobaciones presentadas aquí. Así, otra mujer (desempleada, 42 años) que acababa de mudarse a San Diego y que nunca había vivido en un centro urbano, se sorprendió de que sus prejuicios sobre el delito y los riesgos de la ciudad *no* se confirmaran: había dejado un par de zapatillas de tenis y otras cosas en el lavadero y al volver horas después aún estaban allí. Termina la historia con la siguiente Resolución, Evaluación, Conclusión:

9 (...) y ahí estaba todo, ordenado cuidadosamente esperándome hasta cerca de las nueve y media de la noche. Y esto es lo que usted llamaría un vecindario mixto, hay personas de todos los estratos ... sociales y económicos, creo, pero yo no mmmh no encuentro que haya un ...exceso de delitos ni ninguna sensación seria de amenaza si salimos a la noche y regresamos tarde por la noche, ese tipo de cosas. (LG3, 1)

Como en el caso de las entrevistas de los holandeses, las historias positivas espontáneas sobre las minorías o las relaciones raciales también constituyen un indicador fidedig-

Por fin, se destacó que la narración de historias no es una mera expresión de experiencias y opiniones personales. Por el contrario, la propia diferencia y las variantes en la narración de las historias entre personas más o menos prejuiciosas ya sugieren que las cogniciones sociales son compartidas por diferentes grupos de personas. Las historias sobre las minorías, por lo tanto, no son mayormente expresiones de experiencias personales. Más bien son expresiones de experiencias de grupo. Del mismo modo que los prejuicios operan (entre otras cosas) por categorización, generalización y desindividualización de miembros del grupo minoritario, los narradores blancos cuentan sus historias como miembros del grupo dominante. De la misma manera que sus experiencias personales con los “otros” son interpretadas como experiencias del grupo blanco, sus historias y, por lo tanto, los modelos de las que estas surgen, están fuertemente marcados por creencias, actitudes e ideologías generales. Sin duda, estas “historias de minorías” en cierta forma son similares a los mitos y a los cuentos folclóricos: historias anónimas de experiencias de grupo que expresan las preocupaciones y las creencias del grupo. En nuestro caso, expresan y reproducen al mismo tiempo el poder del grupo blanco, al señalar persuasivamente que “nosotros” somos mejores que “ellos” o, más bien, que “ellos” no logran alcanzar las pautas establecidas por “nuestras” normas y valores.

Referencias bibliográficas

- Barker, M. (1981) *The new racism*, Londres: Junction Books.
- Communications 8 (1966) *L'analyse structurale du récit*, París: Seuil.
- Chafe, W. L. (ed.) (1980) *The pear stories*, Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Danto, A. C. (1985) *Narration and knowledge*, Nueva York: Columbia University Press.
- Dipardo, A. (1990) “Narrative knowers, expository knowledge: Discourse as a dialectic”, *Written Communication*, 7, págs. 599-615.
- Dovidio, J. F. y Gaertner, S. L. (eds.) (1986) *Prejudice, discrimination and racism*, Nueva York: Academic Press.
- Ehlich, K. (ed.) (1980) *Erzählen im Alltag* (Cuentos de la vida cotidiana), Francfort, Alemania: Suhrkamp.
- Essed, P. J. M. (1991) *Understanding everyday racism*, Newbury Park, CA: Sage.
- Jäger, S. (1992) *Brandthtze: Rassismus in Alltag*, Duisburgo, Ale-

- mania: DISS.
- Katz, P. A. y Taylor, D. A. (eds.) (1988) *Eliminating racism. Profit^{les} in controversy*, Nueva York: Plenum Press.
- Kelly, J. W. (1985) *Storytelling in high-tech organizations. A medium for sharing culture*. Trabajo presentado en la Reunión Anual de la Western Speech Communication Association, Fresno, CA, 16-19 de febrero.
- Labov, W. (1972) "The transformation of experience in narrative syntax", en W. Labov, *Language in the inner city* (págs. 354-96), Filadelfia, PA: University of Pennsylvania Press.
- Labov, W. y Waletzky, J. (1967) "Narrative analysis. Oral versions of personal experience", en J. Helm, ed., *Essays on the verbal and visual arts* (págs. 12-44), Seattle, WA: University of Washington Press.
- Mandler, J. M. (1984) *Stories, scripts, and scenes: Aspects of schema theory*, Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- McGee, M. C. y Nelson, J. S. (1985) "Narrative reason in public argument", *Journal of Communication*, 35, págs. 139-55. Miles, R. (1989) *Racism*, Londres: Routledge.
- Morrow, D. G., Greenspan, S. L. y Bower, G. H. (1989) "Updating situation models during narrative comprehension", *Journal of Memory and Language*, 28, págs. 292-312.
- Mumby, D. K. (1987) "The political function of narrative in organizations", *Communication Monographs*, 54, págs. 113-27.
- Omi, M. y Winant, H. (1986) *Racial formation in the United States: From the 1960s to the 1980s*, Nueva York: Routledge.
- Polanyi, L. (1979) "So what's the point?", *Semiótica*, 25, págs. 207-42.
- (1985) *Telling the American story*, Norwood, NJ: Ablex. Quasthoff, U. M. (ed.) (1980) *Erzählen in Gesprächen* (Cuentos intercalados en una conversación), Tubinga, Alemania: Narr.
- Solomos, J. (1989) *Race and racism in contemporary Britain*, Londres: Macmillan.
- Taylor, S. E. (1981) "The categorization approach to stereotyping", en D. L. Hamilton, ed., *Cognitive processes in stereotyping and intergroup behavior* (págs. 83-114), Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Van Dijk, T. A. (ed.) (1980) "Story comprehension", *Poetics* 9 (1/3). Número especial triple.
- Van Dijk, T. A. (1984) *Prejudice in discourse*, Amsterdam: Benjamins.
- Van Dijk, T. A. (1985a) "Cognitive situation models in discourse

- processing: The expression of ethnic situation models in prejudiced stories”, en J. P. Forgas, ed., *Language and social situations* (págs. 61-79), Nueva York: Springer.
- Van Dijk, T. A. (ed.) (1985b) *Handbook of discourse analysis*, 4 vols., Londres: Academic Press.
- Van Dijk, T. A. (1987x) *Communicating racism: Ethnic prejudice in thought and talk*, Newbury Park, CA: Sage.
- (1987b) *Schoolvoorbeelden van racisme: De reproductie van racisme in maatschappijleerboeken* (Ejemplos de racismo en libros de texto: La reproducción del racismo en los textos escolares de ciencia social), Amsterdam: Socialistische Uitgeverij Amsterdam.
- (1991) *racism and the press*, Londres: Routledge.
- (1993) *Elite discourse and racism*, Newbury Park, CA: Sage. Van Dijk, T. A. y Kintsch, W. (1983) *Strategies of discourse comprehension*, Nueva York: Academic Press.
- Wellman, D. T. (1977) *Portraits of white racism*, Cambridge, RU: Cambridge University Press.